

DIEZ RASGOS ESPECÍFICOS DE LA REALIDAD CANARIA EN LA HISTORIA DEL PERIODISMO ESPAÑOL

Julio Yanes Mesa

UNA PREHISTORIA TARDÍA E INMERSA EN UN PROCESO DE ACULTURACIÓN

Aunque el periodismo, como toda manifestación cultural del hombre, admite una genealogía tanto más frondosa y remota en el tiempo cuanto más imprecisa sea la delimitación del objeto de estudio a considerar, el periódico, en la actualidad parece reinar un consenso a la hora de situar los primeros pasos en firme del sector en el efervescente contexto de la Europa bajomedieval al calor de un avance tecnológico tan trascendental como la imprenta.¹ En efecto, aquella coyuntura marcada por la expansión de la burguesía, el desarrollo del comercio, el nacimiento de los estados modernos, los descubrimientos ultramarinos y la reforma protestante, impulsó la creciente edición de un sinfín de impresos a periodicidad eventual, tales como folletos doctrinales y propagandísticos, informes privilegiados, hojas volantes de noticias, calendarios, almanques piadosos, hojas con precios corrientes o con anuncios, pronósticos, carteles, pasquines o relaciones de sucesos. El prototipo más caracterizado de este paleoperiodismo, tal y como ha sido nominado por muchos investigadores, fueron las relaciones de sucesos, breves folletos que relataban de manera pormenorizada un acontecimiento de interés general, bien de carácter luctuoso, como naufragios, motines, guerras o catástrofes en general; o festivo, caso de las fiestas y celebraciones. Como es fácil de suponer, tal tipo de información circuló por los enclaves urbanos, portuarios y mercantiles sin hacerse notar en las áreas ruralizadas que, por cierto, eran las que imperaban en el grueso del territorio europeo de entonces. Las Islas Canarias, por lo demás, inmersas en el largo proceso de conquista iniciado en 1402, permanecieron al margen de estos primeros balbuceos del sector en clara disonancia con la península Ibérica que, con la conquista de Granada, la unificación territorial, la colonización de América y la hegemonía castellana en Europa, desempeñó un papel fundamental en esta etapa preliminar de la historia del periodismo europeo.

Con la definitiva incorporación del archipiélago a la corona de Castilla en 1496, todo el espacio insular quedó inmerso en un proceso de aculturación a resultas del progresivo asentamiento de la cultura renacentista europea en detrimento de la neolítica tardía aborigen. Como es fácil de suponer, una buena muestra de las manifestaciones pre y protoperiodísticas que, por entonces, generaba el viejo continente al calor de la creciente controversia religiosa, el pujante afán comercial o, simplemente, la curiosidad popular, debió figurar entre los productos culturales de arribada del exterior.² La inmediata vinculación del archipiélago con los países punteros de Europa en términos de área periférica, en un principio, merced a la producción azucarera y, desde finales del siglo XVI, a la vinícola,³ debió facilitar a la minoría ilustrada isleña el acceso a las elitistas publicaciones periódicas de la época. Luego, tendrían que pasar dos largas centurias para que, a mediados del siglo XVIII, en coincidencia con el establecimiento de la primera imprenta en el ámbito insular,⁴ aparecieran las primeras aportaciones canarias al desarrollo del periodismo. Hasta entonces, las islas habrían de

limitarse a brindar, merced a los continuos ataques de piratas y corsarios⁵ atraídos por su estratégico emplazamiento, argumentos a las relaciones de sucesos europeas.⁶

La prehistoria del periodismo canario, pues, al margen de sobrellevar un acentuado desfase cronológico en relación a la del peninsular, fue algo así como uno de los tantos capítulos que dio cuerpo al proceso de aculturación europea tras la conquista castellana. En su transcurso, descontando los hipotéticos pasquines y las restantes modalidades manuscritas que debieron circular a iniciativa de la población establecida en los enclaves más urbanizados, las islas se limitaron a adoptar una actitud pasiva, recibiendo los productos informativos que buenamente llegaban del exterior. Todo ello, por lo demás, en coherencia con las enormes limitaciones de un territorio reducido, fragmentado por la insularidad, dependiente del exterior, parco en recursos demográficos,⁷ e inmerso en una paulatina colonización.

UNA CONTRIBUCIÓN RELEVANTE AL MÁS TIERNO PERIODISMO ESPAÑOL

Aunque el periodismo no empezó a dar sus primeras, y débiles, señales de vida en las islas hasta mediados del siglo XVIII,⁸ por entonces, algunos hijos de la oligarquía canaria residentes en Madrid desempeñaban un papel destacado en la vanguardia del periodismo español. Tal fue el caso de dos notables ilustrados, el tinerfeño Tomás de Iriarte y el lanzaroteño José Clavijo y Fajardo, los cuales se contaron entre los personajes que, en la década de los setenta, tuvieron el honor de dirigir la notable publicación dieciochesca, órgano oficioso de los borbones, *Mercurio Histórico y Político*⁹ de Madrid. La contribución de José Clavijo y Fajardo, pariente del coetáneo precursor del periodismo canario, José de Viera y Clavijo, fue aún más relevante, puesto que en 1762, con la fundación de *El Pensador*, había fraguado uno de los periódicos más innovadores de la época. En efecto, dando rienda suelta a las tesis reformistas, racionalistas y laicistas que anidaban en su pensamiento, José Clavijo y Fajardo emuló con su creación periodística la línea editorial del diario inglés *The Spectator*, fundado y dirigido por Joseph Addison entre 1711 y 1712, al que en más de una ocasión se limitó a traducir, para arremeter contra las costumbres sociales de la época con recursos tales como el sarcasmo, la polémica fingida, la interrogación teórica o la reflexión didáctica, al objeto de erradicar la superstición y la ignorancia de la sociedad española. Con tales bases, los grotescos festejos taurinos, los métodos de enseñanza, la hipocresía religiosa, la ociosidad y los vetustos autos sacramentales, fueron los blancos preferidos de unas campañas que, en sintonía con los presupuestos teóricos de la ilustración española, contaron con el beneplácito del monarca Carlos III.¹⁰ En definitiva, cuando las Islas Canarias estaban incubando los primeros balbuceos del periodismo autóctono, paradójicamente, algunos canarios figuraban en la elite intelectual del país que intentaba ampliar el panorama del periodismo dieciochesco español, evidentemente, dentro de las desoladoras limitaciones del antiguo régimen.

UN BRILLANTE PREÁMBULO MANUSCRITO

Con antelación a la primera cabecera impresa, el periodismo isleño conoció una etapa manuscrita en la cual dio vida, no sólo a tres periódicos notables dentro de los supuestos ilustrados, sino a un cuarto cuyo discurso desentona enormemente en el panorama de la prensa española dieciochesca. Al más preclaro de los ilustrados canarios, el clérigo tinerfeño José de Viera y Clavijo, y al más relevante foro de la intelectualidad insular de la época, las habituales tertulias que en su casona organizaba el marqués de Villanueva del Prado¹¹, debe atribuirse la paternidad de los periódicos ortodoxos; mientras el heterodoxo es de autoría desconocida.¹²

El pionero fue *Papel Hebdomadario*, título alusivo a periodicidad semanal que circuló en cincuenta ocasiones, entre 1758 y 1759, en el seno de la minoría ilustrada del archipiélago reproduciendo, al parecer, las actas de las tertulias laguneras.¹³ Aunque de los contenidos del supuesto semanario tan solo sabemos que versaban, en palabras de su inspirador, en historia, física y literatura¹⁴ por la pérdida de los originales y las posibles copias posteriores, el clima desenfadado, jovial e innovador que reinaba entre los tertulianos deja entrever un trasfondo crítico hacia la estructura social vigente en sintonía con las directrices de la Ilustración. Años más tarde, entre el 20 de enero y del 16 de marzo de 1764, José de Viera y Clavijo hacía suyo el rol del cargo de elección popular introducido recientemente por los borbones en los ayuntamientos, *El Síndico Personero General*,¹⁵ para elevar cinco memoriales al Cabildo de la isla a periodicidad casi quincenal, en demanda de una serie de mejoras docentes dentro del encorsetado marco del antiguo régimen. Esta iniciativa de José de Viera y Clavijo ha merecido la consideración de obra pedagógica equiparable a las de autores peninsulares tan reconocidos como Cándido Trigueros, Gaspar Melchor de Jovellanos o Francisco Cabarrús.¹⁶ El tercero de los periódicos manuscritos que circuló dentro de los supuestos de la época, *Gaceta de Daute*, fue fruto del desplazamiento de algunos miembros de la tertulia de Nava a la llamada Isla Baja de Tenerife en el período estival de 1765.¹⁷ En esta ocasión, José de Viera y Clavijo sacó a la luz pública tres números fechados entre el 17 de julio y el 7 de agosto de 1765, en los que glosó las peripecias de los expedicionarios arremetiendo contra la sociedad de la época en un tono sumamente irónico y burlesco.

En contraposición al discurso oficioso de los periódicos de José de Viera y Clavijo, el anónimo, titulado *Correo de Canarias*, difundió entre la minoría letrada isleña un singular alegato doctrinario en base a seis sucesivas secuencias, todas conservadas en sus originales,¹⁸ que fueron sacadas a la luz pública en 1762. En efecto, en lugar de vocación pedagógica y literaria, el atípico periódico manuscrito mostraba un insólito interés por la política económica adoptando posturas sumamente pragmáticas, en buena medida, orientado por los intereses específicos del archipiélago. Así, en medio de la guerra que España sostenía con Inglaterra a consecuencia del tercer pacto de familia de los borbones, en vez de arremeter contra un enemigo coyuntural que siempre había mantenido excelentes relaciones económicas con las islas, no tenía rubor en poner sus virtudes como ejemplo a los españoles. Como corolario a tan singular posicionamiento, el audaz periódico canario proponía reorientar la política económica del estado mediante un acercamiento a la órbita anglosajona, única forma, en su opinión, de reactivar el comercio colonial, lo que contravenía las tesis más tradicionales del periódico madrileño *La Estafeta de Londres* de Mariano Nipho.¹⁹ Esa indisimulable y, desde ópticas canarias, comprensible admiración por Inglaterra, conllevaba un progresismo que postulaba la transformación de las estructuras agrarias del antiguo régimen para generar un campesinado propietario, la liberalización del comercio, la reducción y racionalización de los impuestos, el pluralismo político y el fomento de la inversión en actividades productivas. En definitiva, se trata de un periódico excepcional cuyo autor, fuera canario, peninsular o extranjero, evidencia un enorme anacronismo por anticipación en el rezagado entorno insular.

UNOS INICIOS MUY TEMPRANOS, PERO UNA CONSOLIDACIÓN MUY TARDÍA

Las Islas Canarias incubaron el nacimiento de su primer periódico impreso, *Semanario Misceláneo Enciclopédico Elementar*,²⁰ a los tres siglos escasos de la conquista castellana, en concreto, el 2 de noviembre de 1785, esto es, antes del estallido de la Revolución Francesa. Aunque tal fecha es posterior a la homóloga peninsular, 1641, cuando apareció *Nova Ordinais*²¹ de Barcelona, en casi un siglo y medio, y en más de cincuenta años a la del pionero de las todavía colonias americanas, *La Gaceta de México*, que data de 1722,²² no es menos

cierto que por entonces eran muy pocas las ciudades españolas que habían promovido un periódico impreso.²³ Todavía a finales del siglo XVIII, la domiciliación del escaso cuarto de millar de periódicos aparecidos en el actual territorio del estado español, muchos posteriores al canario, aludía a una veintena de ciudades, a saber, 140 en Madrid, 16 en Granada, 14 en Sevilla, 10 en Barcelona y Cádiz, 7 en Murcia, 6 en Salamanca y Zaragoza, 4 en Málaga y Alcalá de Henares, 3 en Valencia, 2 en Cartagena y Gerona, y 1 en Alicante, Burgos, Figueras, La Coruña, Palma de Mallorca, San Sebastián, Santiago de Compostela, Valladolid, Algeciras, Jerez y La Laguna de Tenerife.²⁴ A pesar de su tardía incorporación a la cultura occidental, pues, el archipiélago dio vida a un periódico impreso con antelación a ciudades tan antiguas como Córdoba, Oviedo, Bilbao o Pamplona. Años más tarde, nos referimos al 1 de enero de 1837, con la edición de *El Atlante* (1837-1839) en Santa Cruz de Tenerife, las Islas Canarias promovían su primera publicación diaria con otras dos décadas largas de antelación a *El Euscalduna*, el pionero de los diarios bilbaínos, que se hizo de rogar hasta el 16 de enero de 1858.²⁵

Pero la prontitud de tales hitos informativos no significa que el periodismo alcanzara una consolidación temprana en el tejido sociocultural isleño. La prolongada crisis económica que, hundiendo sus raíces en el último cuarto del siglo XVII, asolaba, con altibajos pero en intensidad creciente, al archipiélago, por la competencia que los vinos de Oporto y Madeira ejercían a los canarios en el mercado internacional, hacen explicables las dificultades iniciales del sector.²⁶ Sólo con el cambio de coyuntura, propiciado por el establecimiento del régimen económico-fiscal de las franquicias en 1852,²⁷ el periodismo insular consolidó posiciones, tal y como ilustran los incrementos de las cabeceras, localidades de edición, tiradas y años de permanencia en el mercado. En definitiva, mientras las inquietudes intelectuales de la minoría letrada se traducían en unos inicios tempranos para la prensa insular, las limitaciones contextuales se encargaban de dejar tales logros en el terreno de la mera anécdota.

UN ACICATE, Y UNA RÉMORA, SINGULAR: EL “PLEITO INSULAR”

El llamado “pleito insular”²⁸ ha conformado, sin lugar a dudas, uno de los factores que más dinamismo han proporcionado al periodismo canario, bastándose en sí mismo para provocar el nacimiento de un sinfín de cabeceras, entre las que figuran muchas de las más relevantes de la historia de la prensa isleña. En efecto, en el haber informativo de la secular disputa de las dos islas centrales del archipiélago por hacerse con la hegemonía de la región, pueden contarse periódicos como *El Porvenir de Canarias*, el pionero de los privados de Gran Canaria, que nació en 1852 al calor del primero, y provisional, de los decretos divisionistas; *La Provincia*, uno de los diarios actuales más influyentes de las islas, gestado en Las Palmas en 1911, en vísperas de la promulgación de llamada ley de cabildos, como abanderado de las tesis divisionistas; y *La Tarde* (1927-1982), diario vespertino de Santa Cruz de Tenerife que apareció a raíz de la división provincial, en 1927, como órgano del tinerfeñismo más intransigente. Además de acentuar la proliferación de títulos, el “pleito insular” ha brindado al periodismo canario un tema apropiado para desencadenar largos y enconados debates que, al suscitar el interés y la complicidad del común de los isleños, ha dado cuerpo a uno de los ganchos informativos más eficaces para optimizar las ventas en el reducido mercado isleño.

Pero las secuelas del “pleito insular” tienen otra dimensión mucho menos gratificante para el periodismo canario. En efecto, la visceralidad del entuerto ha generado en ocasiones polémicas de tan poca altura como la que a finales de 1881 libraron, a cuenta del presunto traslado de la Capitanía General de Santa Cruz de Tenerife a Las Palmas, el semanario tinerfeño *El Zurriago*, que amenazaba con no dejar un hueso sano, según decía, al prójimo

que se le atravesara por delante, y el bisemanario grancanario *El látigo*, que sintetizaba sus réplicas en la no menos penosa consigna “¡latigazo y tente tieso!”. Por otra parte, el insularismo ha restado solidez a las líneas editoriales hasta el extremo de propiciar mutaciones tan desconcertantes como la que a finales del siglo XIX, con el sector inmerso en etapas ideológicas, experimentó el órgano conservador de Tenerife *La Opinión* (1879-1916), cuando deambuló hacia las filas rivales tras el pacto que su partido urdió en Madrid con las huestes del político grancanario Fernando León y Castillo, considerado en la isla como el benefactor de Gran Canaria a costa de Tenerife. Por las mismas razones, en las periódicas efervescencias del “pleito insular”, los órganos de las más diversas tendencias no encontraban inconvenientes para cerrar filas detrás de la causa de su isla al objeto de enfrentarse en bloque a los de la rival, generando conglomerados como la llamada “Unión Patriótica” que, en vísperas de la promulgación de la ley de cabildos de 1912, aglutinó en Tenerife a diarios tan dispares como el católico *Gaceta de Tenerife* (1910-1938), el ahora liberal *La Opinión* y los republicanos *La Prensa* (1910-1938) y *El Progreso* (1905-1932). Para mayor empobrecimiento informativo, las escasas voces disidentes eran de inmediato acalladas para garantizar la unanimidad interna, dándose episodios tan penosos como el que sufrió en 1911 el diario conservador *El Tiempo* (1903-1911) tras retomar el pacto con el influyente Fernando León y Castillo, cuando fue asaltado y desmantelado por una turba de Santa Cruz en medio de la aprobación general de la sociedad tinerfeña.²⁹

Al margen de truncar el debate social sobre las oportunas reestructuraciones que con el paso del tiempo demandaba el organigrama administrativo de la región, el “pleito insular” se ha encargado de frustrar todo atisbo de prensa regional. En efecto, tras su irrupción en Tenerife allá en la segunda mitad del siglo XVIII, el periodismo fue brotando poco a poco en las restantes islas hasta adquirir, en los años inmediatos a la I Guerra Mundial, la típica estructura minifundista de etapas preinformativas, aunque en este caso atomizada hasta límites extremos por la fragmentación geográfica, las pésimas comunicaciones interiores del archipiélago y la bipolarización implícita a las luchas insularistas. Luego, con la modernización de la formación social isleña a remolque del crecimiento económico de los “felices” años veinte, el sector entró en un proceso de concentración al calor de un desarrollo empresarial que, como no podía ser de otra manera, cristalizó por separado en las capitales de las dos nacientes provincias canarias. De esta manera se consolidó un sistema informativo bicéfalo en el que los diarios punteros de la región,³⁰ repartidos entre Santa Cruz y Las Palmas, ciñen más del 90% de la tirada, y de la información regional, a sus respectivas provincias, privando de perspectivas de conjunto la visión y el análisis de la problemática canaria. En definitiva, aunque el “pleito insular” no sea más que la expresión de una de las tantas rivalidades vecinales que proliferan por doquier, en pocos casos como el canario tal tipo de confrontación ha marcado de manera tan determinante el devenir histórico de una región, como ilustra la capitalidad compartida y, a nivel periodístico, la bifurcación del sistema informativo.

UNOS CAUCES TRADICIONALMENTE REDUCIDOS PARA LA INFORMACIÓN FORÁNEA

La información recogida del resto del estado por los periódicos canarios siempre ha dependido, evidentemente, de la infraestructura de comunicaciones tendida sobre los dos mil kilómetros de océano que median entre las islas y la península. En un principio, la conexión se reducía a los esporádicos arribos y escalas de los barcos de vela, haciéndose de rogar la inauguración de un servicio regular de correos hasta el año 1778,³¹ esto es, a siete años vista de la aparición del primero de los periódicos impresos del archipiélago. La precariedad de su funcionamiento, con el agravante de las secuelas de la guerra, hace comprensible que las

noticias recogidas entre 1808 y 1810 por el semanario *Correo de Tenerife*, promovido por la Junta Suprema de Canarias para dar cuenta de la evolución de la invasión napoleónica de la península y otros países europeos, relataran a los isleños sucesos acaecidos entre dos y cuatro meses atrás. Con el cese de las hostilidades, el desfase bajó a menos de un mes y, conforme avanzó la segunda mitad del siglo, a una semana; cuando la paulatina expansión de la navegación a vapor permitió a los periódicos isleños recopilar y transcribir en pocos días los contenidos de las publicaciones peninsulares, la única fuente disponible, si descontamos las esporádicas cartas que enviaban los particulares por correo, para acceder a la información foránea. La actualidad no fue diaria hasta finales de 1883, cuando el amarre del cable Cádiz-Tenerife³² abrió la posibilidad de contratar, a los periódicos que pudieron permitirse el lujo, el envío de un conciso telegrama a un corresponsal o agencia de Madrid que sintetizara los acontecimientos más relevantes de la jornada. En un principio, la frescura de la información causó tal impacto, que los periódicos empezaron a transcribir con caracteres destacados los telegramas al pie de la letra, para luego, una vez superada la novedad, desarrollar sus contenidos para sacarles todo el jugo posible, inaugurando los redactores isleños la práctica de “hinchar el perro”. A finales del siglo XIX, pues, la prensa insular dejaba de extraer para “estirar” textos en la elaboración de la información foránea, bien es verdad que ganando actualidad, pero todavía en base a unos canales de comunicación enormemente restringidos.

Con el estallido de la I Guerra Mundial, los periódicos presenciaron cómo de manera espontánea los cauces que traían la información ajena a las islas ganaban fluidez y variedad al calor del interés de los contendientes por hacer propaganda en favor de sus causas, lo que puso al alcance del sector la telegrafía inalámbrica en base a las estaciones inauguradas en 1911 en Tenerife y Las Palmas. Aprovechando la coyuntura, el diario puntero de Santa Cruz de Tenerife, *La Prensa*, complementó de inmediato la clásica sección “por cable” del corresponsal de Madrid con un servicio radiográfico de la estación inglesa de Poldhu, varios despachos de agencias aliadas como Reuter o Marconi y, avanzado el año 1915, con servicios de la Torre Eiffel, la emisora de radio del Ministerio de Comunicaciones de Francia. Su inequívoca aliadofilia no le impidió acoger, aunque críticamente, los radiogramas emitidos desde las estaciones germanas de Nauen o Norddeich, así como los comunicados que facilitaba la colonia alemana asentada en Santa Cruz, por parciales y adversos que resultaran a su causa, porque normalmente eran gratuitos. La oferta informativa ganó aún más frescura desde inicios de 1916, cuando *La Prensa* contrató cuatro despachos diarios a la compañía de la telegrafía sin hilos,³³ a saber, a las doce horas desde Poldhu; a las quince, desde la Torre Eiffel; a las dieciséis, desde Lyon; y a las cero horas de nuevo desde la Torre Eiffel. Los redactores, por su parte, reelaboraban informes sobre la base de los datos recopilados, generando una versión de los acontecimientos antagónica a la que, con los mismos procedimientos, ofrecían los diarios germanófilos, más aún cuando los artículos de opinión aparecían bajo las firmas de aliadófilos como el novelista Vicente Blasco Ibáñez o el corresponsal de guerra Edgard Cauldfield. Tras el cese de las hostilidades, los detalles de la paz fueron servidos en un denso capítulo híbrido en base a telegrafía alámbrica e inalámbrica, ésta desde Londres, hasta inicios de 1920, cuando tan generoso caudal de información empezó a menguar hasta quedar reducido, desde 1922, a la sección por cable que, como en los años de anteguerra, servía el corresponsal de Madrid.³⁴

El crecimiento económico habido en las islas a lo largo de los “felices” años veinte con la exportación de plátanos, tomates y papas tempranas, se encargó de transformar las mejoras coyunturales generadas por la I Guerra Mundial en otras estructurales al calor de la modernización de la formación social insular. El hito inaugural fue la conexión telefónica, a inicios de 1931, del archipiélago con Madrid, Londres y, luego, otras capitales europeas, en

un momento en el que las ciudades de Las Palmas y Santa Cruz de Tenerife incubaban la génesis de las primeras emisoras de radio locales. Espoleado, en un principio, por el interés que suscitaba la palpitante actualidad estatal y extraestatal en los años de la República y, tras el golpe de estado del general Franco, por el afán proselitista del naciente régimen, el caudal de información foránea que llegaba a las islas ganó volumen sin solución de continuidad a partir de entonces, por encima de la coyuntura económica. Desde los años sesenta, la instalación de la televisión y las mejoras habidas en todos los ámbitos de la comunicación redoblaron la aceleración del proceso hasta culminar, con la implantación de las nuevas tecnologías, en el desbordamiento de la información que en la actualidad acucia a todas las sociedades desarrolladas. A ojos vista, desde la “aldea global” en la que están inmersas las islas en la actualidad, resulta inverosímil que tan sólo setenta años atrás los periódicos canarios tuvieran que “hinchar el perro” para poder dotar de un mínimo de extensión a las noticias extraisleñas que ofrecían a sus lectores. En definitiva, hasta bien avanzado el siglo XX, la prensa insular concentró buena parte de su interés informativo en el entorno inmediato por la escasa información que llegaba a las islas desde el exterior, cultivando con ello una temática que, por las mismas razones, aunque en sentido antagónico, era inaccesible para los periódicos del resto del estado.

UNA DOBLE VINCULACIÓN EXTERIOR: EUROPA OCCIDENTAL Y AMÉRICA LATINA

En coherencia con la dinámica de la formación social que le ha dado vida, el periodismo canario no ha podido sustraerse a la tradicional vinculación del archipiélago con determinadas zonas de Europa occidental y América latina, sobre todo, con Inglaterra y Cuba, países que, respectivamente, han absorbido el grueso de la producción del sector exterior y el excedente demográfico a lo largo de la historia isleña. Tales circunstancias, sin embargo, tomaron cuerpo en la prensa canaria de manera desigual, dado que mientras la influencia anglosajona resulta perceptible en las islas desde los propios inicios del sector, la americana cristalizó más tarde y, además, en la otra orilla del Atlántico.

Nada menos que del año 1762, esto es, antes de la aparición del primer periódico impreso del archipiélago, data la primera manifestación anglófila del periodismo canario, el manuscrito anónimo *Correo de Canarias*, el periódico que defendiera las tesis económicas enemigas durante la guerra que España mantuvo con Inglaterra a consecuencia del tercer pacto de familia de los borbones.³⁵ A nivel lingüístico, al margen del presumible arribo de un sinfín de anglicismos, la primera evidencia de la influencia británica cristalizó en *Diario de Tenerife*, periódico que apareció en 1886 estructurado al gusto anglosajón y escrito en español e inglés para convertirse, de inmediato, en uno de los punteros del archipiélago. A renglón seguido, en el primer trimestre de 1888, la colonia británica del Puerto de la Cruz promovía *The Tenerife News*, más que probablemente, el primer periódico escrito íntegramente en una lengua extranjera dentro del actual territorio del estado español; al que sucedió *The Canary Islands Review*, luego *The Canary Islands Gazette*, éste editado entre 1903 y 1904 en Las Palmas.³⁶ Al margen del idioma, en el haber de la influencia inglesa de la época figuran usos como la paginación invertida³⁷ de algunos periódicos laguneros de inicios del siglo XX, que hacían de la última la primera página, de ésta la segunda y de las dos interiores un ininterrumpido panel publicitario que duplicaba en holgura las dos páginas exteriores.

El influjo lingüístico de los países punteros de Europa occidental ha alcanzado sus mayores cotas a remolque del reciente desarrollo del turismo y, en coherencia con la procedencia de los contingentes más numerosos, en una doble vertiente inglesa y alemana. Así, al margen de los suplementos semanales publicados en ambos idiomas por algunos de los grandes diarios,

las islas más visitadas editan cabeceras específicamente dirigidas a sus huéspedes, caso de Lanzarote, donde la empresa Editorial Lancelot publica un mensual en alemán, *Insel Rundschau*, y un trimensuario en inglés, *Island Journal*; iniciativa a la que no han podido sustraerse las islas ajenas al turismo de masas, caso de La Gomera, donde circula desde 1992 una publicación eventual escrita en alemán bajo el título *Der Valle-Bote*.

En el caso de la relación con América, más relevancia que la importación de rasgos lingüísticos, temáticos o formales por los periódicos del archipiélago, ofrece la corriente de sentido antagónico que, al calor de la riada humana, generó la única clientela del sector ajena a las islas y, sobre todo, un sinfín de cabeceras isleñas en la otra orilla del océano Atlántico, al igual que sucediera a las otras comunidades españolas que también encauzaron hacia tal destino sus excedentes demográficos.³⁸ Sólo en Cuba, desde la aparición de *El Mencey* en 1864, el primero de los periódicos canarios de la emigración, hasta los inicios de la II República, se puede contar una treintena de títulos isleños,³⁹ a los que debemos sumar los coetáneos de las repúblicas continentales y los posteriores a aquellas fechas. Al margen de su importancia cuantitativa, el periodismo canario emigrado dio vida, primero en 1897 en Caracas, luego entre 1924 y 1925 en La Habana, a *El Guanche*, el primero y, hasta el tardofranquismo, único de los órganos independentistas de las Islas Canarias. En definitiva, la prensa canaria ha sabido asimilar influencias externas de los lugares más relacionados con el archipiélago sin merma de su vocación esencialmente integradora dentro del estado.

UN ARANCEL INFORMATIVO PROVIDENCIAL: EL MAR

Hasta bien avanzados los años del franquismo, cuando los enlaces aéreos pusieron en comunicación diaria al archipiélago con Madrid, los diarios canarios eludieron la competencia informativa de los madrileños, cosa que no sucedió a los de las provincias peninsulares por la instalación, desde la segunda mitad del siglo XIX, de la red ferroviaria española. El mar, pues, fue algo así como un providencial arancel que reservó por muchos años el, por lo demás, raquítrico y fragmentado mercado insular para la prensa autóctona, aunque bien es verdad que al precio de vetar a ésta el acceso al resto del estado. Los efectos de tal realidad fueron particularmente subrayables en los años de la II República, cuando el periodismo canario, con el desarrollo empresarial de los años veinte, había conseguido zafarse de las tutelas políticas para llevar a cabo, en un marco de libertades, su labor informativa con independencia. En efecto, organizados en empresas autónomas, los diarios punteros del archipiélago ejercieron en aquellos años un auténtico monopolio informativo en el mercado interior al librarse, además de la incómoda presencia de los atractivos diarios madrileños, de la competencia de la cada vez más pujante radiodifusión, aún inmersa en etapas embrionarias en el archipiélago. En definitiva, con su lejanía y desconexión del resto del estado, la historia del periodismo de las Islas Canarias está jalonada por un cúmulo de singularidades entre las que destaca la excepcional coyuntura informativa que saboreó, aunque de manera efímera por la inmediata sublevación del general Franco, durante la II República.

UN PERIODISMO MESURADO, LIBERAL, RIGUROSO Y PROGRESISTA

El periodismo canario ha exhibido a lo largo de su historia unos rasgos informativos que, en su redundancia, podemos considerar como característicos, los cuales, concretados en el caso de Tenerife⁴⁰ en los términos moderación, progresismo, rigor, pacifismo y altruismo, guardan estrecha relación con la idiosincrasia de la población isleña. En efecto, mientras las cabeceras carlistas brillan por su ausencia, la restante prensa radical, tanto a derecha como a izquierda, ha hecho acto de presencia en coyunturas políticas muy concretas; al tiempo que

los órganos independentistas, más escasos y precarios aún que los anteriores, han germinado en las islas con posterioridad al tardofranquismo. El talante liberal y progresista implícito en tal medida, hace explicable que desde los inicios del sexenio democrático hasta la sublevación del general Franco, los sucesivos periódicos punteros de la isla, a saber, *La Federación* (1869-1874), *El Memorándum* (1874-1895), *Diario de Tenerife* (1886-1917) y *La Prensa* (1910-1938), hayan militado en el sector moderado y dialogante del republicanismo. Más allá de las ideologías, la prensa tinerfeña ha llevado a cabo su labor dentro de unos supuestos en los que no ha encontrado cancha el amarillismo, tal y como evidencia el estrepitoso fracaso del diario *La Mañana* (1904) a inicios del siglo XX y, en los años de la II República, la inutilidad de tal estrategia para sacar del atolladero al también diario *Hoy* (1932-1936).⁴¹ En esa dirección ecuánime y cívica apuntan las escasísimas cabeceras que han generado en las islas los espectáculos cruentos, reducidas a dos fugaces revistas taurinas, *El Látigo* (1909 y 1915) y *El Puyazo* (1910), y a ninguna inspirada en las tradicionales peleas de gallos, entre el más de millar de títulos gestados a lo largo de la historia. Tales vacíos llaman aún más la atención cuando el sector, a remolque de un romanticismo que permitía orillar las enormes dificultades contextuales, gestaba publicaciones como *Revista de Canarias* (1878-1882) o *La Ilustración de Canarias* (1882-1884)⁴² con el noble propósito de rendir tributo a la cultura isleña. Asimismo, a pesar de la marginalidad del archipiélago en el contexto estatal, en el haber del periodismo canario figuran títulos tan notables para la historia del periodismo español como *Revista de Historia Canaria* (1924-1933 y 1938...), la decana de las publicaciones universitarias del género en España;⁴³ y *La Rosa de los Vientos* (1927-1928) o *Gaceta de Arte* (1932-1926), éstas desempeñando un papel destacado en las vanguardias estéticas del momento.⁴⁴

UNA EVOLUCIÓN TARDÍA EN EL DEVENIR HISTÓRICO DEL PERIODISMO ESPAÑOL

Al igual que la de cualquier otro lugar, la prensa canaria ha evolucionado a lo largo de la historia al ritmo que, a partir de unos supuestos comunes, imponía el desarrollo de su entorno inmediato. En efecto, cuando empezó a dar sus primeros frutos allá a finales del siglo XVIII, el periodismo isleño lucía, por encima de las diferencias contextuales, la misma vocación erudito-literaria que el del resto del estado, como expresión que era de las mismas inquietudes intelectuales de la minoría ilustrada del antiguo régimen. Desde el fallecimiento de Fernando VII en 1832, sin embargo, mientras la prensa insular quedaba anclada en ese estadio hasta la caída del régimen isabelino en 1868, la de las zonas punteras de la península asumía, tras el preámbulo de la guerra de la independencia y el trienio liberal, un cometido esencialmente ideológico al calor de la revolución liberal. Tal labor estuvo prácticamente vetada para el sector en el archipiélago hasta la llegada del sexenio democrático, en un momento en el que los principales diarios de Madrid relajaban, sin solución de continuidad, el compromiso político para entrar, poco a poco, en etapas predominantemente informativas. Y es que la prensa insular no pudo deshacerse del lastre ideológico para asumir con independencia su labor informativa hasta los años de la II República, cuando los diarios de los islotes más desarrollados del estado daban prioridad, a su vez, al rol interpretativo sobre el informativo⁴⁵ ante la mayor actualidad de las noticias que servían las nacientes emisoras de radio de Madrid y Barcelona.⁴⁶ Luego, tras el golpe de estado del general Franco, con la paulatina diversificación de los medios de comunicación al sumarse a la radiodifusión, la televisión y, más recientemente aún, las nuevas tecnologías, el periodismo canario quedó inmerso en un complejo sistema informativo que, a remolque de la uniformización hegemónica por los medios de las áreas más desarrolladas, quedó integrado en el estatal. En definitiva, el caso canario deja en evidencia que la evolución del periodismo español responde, como un fiel eco al desigual desarrollo socioeconómico de las distintas zonas del estado, a ritmos muy

dispares, en un proceso en el que Canarias, en coherencia con su rezagada posición en el ranking estatal, no pudo menos que viajar en el vagón de cola.

En el trasfondo de la sucesiva renovación del cometido de la prensa canaria, resultan fácilmente detectables tres períodos de crecimiento económico en las islas tras el establecimiento de los puertos francos en 1852 en base al desarrollo de las actividades portuarias y el auge de otros tantos renglones productivos, a saber, la cochinilla en la década de los sesenta e inicios de los setenta del siglo XIX; el plátano, el tomate y la papa temprana conforme avanzaron los años veinte del siglo siguiente; y el turismo desde inicios de los sesenta. Y tras ellos, otros tantos períodos de libertad de expresión donde el periodismo canario vivió a rienda suelta los sucesivos estadios que siguieron al erudito-literario inicial: la restauración borbónica para el ideológico, la República para el informativo y la transición democrática para el interpretativo. Uno de los hitos principales del proceso fue el desarrollo de la publicidad en los “felices” años veinte que, reflejando el beneficioso influjo que a la formación social isleña reportaban la alfabetización, la mejora de las comunicaciones y la subida del nivel de vida, empezó a generar unos ingresos cada vez más altos en relación a las ventas hasta permitir a finales de la década el nacimiento de las primeras empresas informativas autónomas del archipiélago.⁴⁷ En definitiva, el caso específico de Canarias deja en evidencia la necesidad, no sólo de enriquecer la historia del periodismo español integrando las singularidades de todas las comunidades autónomas del estado, sino de apoyar tal conocimiento en un profundo y particularizado estudio de la formación social hispana en su conjunto.

A MODO DE SÍNTESIS CONCLUSIVA

Con la recreación de algunos de los rasgos distintivos del caso canario, nos hemos propuesto dejar entrever la riqueza de matices que introduciría a la historia del periodismo español la incorporación de ésta y de las restantes particularidades territoriales del estado. Tan ambiciosa propuesta conlleva, evidentemente, la previa reivindicación de la investigación local con perspectivas integradoras para, a largo plazo, y desde abajo hacia arriba, poder construir un conocimiento científico de tales características. En efecto, a partir del corpus bibliográfico resultante, los historiadores de la comunicación estaríamos en disposición de superar las perspectivas reduccionistas que, tradicionalmente, han circunscrito el discurso a las áreas más desarrolladas del estado para reconocer, por muy rezagados que estén, el protagonismo que demandan los periódicos de las zonas marginales. Más allá del marco estatal, nuestro alegato implica la revisión de las historias de la prensa europea que, pecando del mismo error metodológico de constreñir su atención a los periódicos de las zonas punteras del continente, desechan el desenvolvimiento del sector en contextos tan interesantes como el español.⁴⁸

NOTAS

- ¹ SÁIZ GARCÍA, María Dolores: *Historia del periodismo en España, 1. Los orígenes. El siglo XVIII*, Madrid, 1990, 2ª edición, pp. 28-33; SÁNCHEZ ARANDA, José Javier y BARRERA DEL BARRIO, Carlos: *Historia del Periodismo Español. Desde sus orígenes hasta 1975*, Pamplona, 1992, pp. 43-47; y FUENTES ARAGONÉS, Juan Francisco y FERNÁNDEZ SEBASTIÁN, Javier: *Historia del Periodismo Español. Prensa, política y opinión pública en la España Contemporánea*, Madrid, 1997, pp. 13-16.
- ² ACIRÓN ROYO, Ricardo: *La prensa en Canarias. Apuntes para su Historia*, Santa Cruz de Tenerife, 1986, p. 39.
- ³ RIVERO SUÁREZ, Benedicta: *El azúcar en Tenerife*, La Laguna, 1990; MORALES LEZCANO, Víctor: *Relaciones mercantiles entre Inglaterra y los Archipiélagos del Atlántico Ibérico. Su estructura y su historia (1505-1783)*, La Laguna, 1970; y BÉTHENCOURT MASSIEU, Antonio: *Canarias e Inglaterra: el comercio de vinos (1650-1800)*, Las Palmas de Gran Canaria, 1991.
- ⁴ VIZCAYA CÁRPENTER, Antonio: *Tipografía Canaria*, Santa Cruz de Tenerife, 1964, pp. XIX-XVIII.
- ⁵ RUMEU DE ARMAS, Antonio: *Canarias y el Atlántico. Piraterías y ataques navales*, Las Palmas-Santa Cruz de Tenerife, 1991, 5 volúmenes, edición facsímil.
- ⁶ GONZÁLEZ ANTÓN, Javier e ISAC MARTÍNEZ DE CARVAJAL, Mercedes: “Otro antecedente del periodismo canario: las relaciones históricas”, en *Strenae Enmanuelae Marrero*, tomo I, La Laguna, 1993, pp. 445-460.
- ⁷ BURRIEL DE ORUETA, Eugenio: *Canarias: población y agricultura en una sociedad dependiente*, Barcelona, 1981; y GARCÍA RODRÍGUEZ, José-León: “La evolución reciente de la población”, en *Geografía de Canarias*, tomo II, Santa Cruz de Tenerife, 1985, pp. 43-68. Los recursos poblacionales del archipiélago a finales de los siglos XVI, XVII y XVIII ascendían, respectivamente, a 7.741 vecinos (lo que trasluce una cifra inferior a los cincuenta mil individuos), 105.375 y 160.285 habitantes.
- ⁸ MAFFIOTTE LA-ROCHE, Luis: *Los periódicos de las Islas Canarias. Apuntes para un catálogo*, tomo I, Madrid, 1905, p. 7; CIORANESCU, Alejandro: *Historia de Santa Cruz de Tenerife*, tomo III, Santa Cruz de Tenerife, 1978, p. 212.
- ⁹ SÁIZ GARCÍA, María Dolores: *Historia del periodismo en España, 1..., op. cit.*, pp. 80-87.
- ¹⁰ DORESTE VELÁZQUEZ, Ventura: “Estudio sobre Clavijo y Fajardo”, en *Anuario de Estudios Atlánticos*, núm. 12, Madrid-Las Palmas, 1966, pp. 201-219; DE LA NUEZ CABALLERO, Sebastián: *Antología de “El Pensador”*, colección “Biblioteca Básica Canaria”, núm. 10, Islas Canarias, 1989, pp. 11-47, que recrean la biografía de José Clavijo y Fajardo, y pp. 51-300, que recogen la antología de El Pensador.
- ¹¹ ROMEU PALAZUELOS, Enrique: *La Tertulia de Nava*, La Laguna, 1977, pp. 55-90.
- ¹² ROJAS FRIEND, Antonio Luis: *Prensa e Ilustración en las Islas Canarias (1750-1810)*, tesis doctoral inédita, Facultad de Ciencias de la Información de la Universidad Complutense de Madrid, 1992, pp. 161-291.

- ¹³ En base a tales supuestos, el historiador Alejandro Cioranescu, al que luego ha seguido algún que otro autor, ha planteado algunas dudas sobre la auténtica dimensión de esta iniciativa de José de Viera y Clavijo considerando improcedente su catalogación como periódico (CIORANESCU, Alejandro: “Su vida”, en *Noticias de la Historia General de las Islas Canarias* de José de Viera y Clavijo, tomo I, Santa Cruz de Tenerife, 1967, p. XXVIII). Por nuestra parte, ante la ausencia de un mínimo de consenso para precisar el concepto “periódico” en los estudios históricos del periodismo y, sobre todo, mientras no aparezca algún ejemplar sobre el que dilucidar tan espinosa cuestión, preferimos respetar el criterio que movió a Luis Maffiotte La Roche a catalogar a *Papel Hebdomadario* como primer periódico canario.
- ¹⁴ VIERA Y CLAVIJO, José de: *Diccionario de Historia Natural de las Islas Canarias*, Las Palmas, 1982, pp. LX y LXI.
- ¹⁵ NEGRÍN FAJARDO, Olegario: “edición, estudio introductorio y notas”, en *El Síndico Personero General* de José de Viera y Clavijo, Las Palmas, 1994, pp. 21-64 y 65-131; las primeras recogen el estudio preliminar, las segundas reproducen los cinco memoriales en función de tres copias posteriores.
- ¹⁶ *Ibidem*, p. 53.
- ¹⁷ ROMEU PALAZUELOS, Enrique: *La Tertulia de Nava*, *op. cit.*, p. 95.
- ¹⁸ DORESTE VELÁZQUEZ, Ventura: “El periódico más antiguo de Canarias”, en *El Museo Canario*, núm 14, Madrid-Las Palmas, 1945, pp. 45-60; y ARENCIBIA SANTANA, Yolanda: “La visión política en el *Correo de Canarias*”, en *Estudios de Historia Social*, núms. 52-53, Madrid, enero-junio 1990, pp. 41-49.
- ¹⁹ SÁIZ GARCÍA, María Dolores: *Historia del periodismo en España, I...*, *op. cit.*, pp. 125-128.
- ²⁰ En efecto, *Elementar*, tal y como aparecía el término por entonces en el diccionario de la Real Academia Española.
- ²¹ SÁIZ GARCÍA, María Dolores: *Historia del periodismo en España, I...*, *op. cit.* pp. 42-43; y FUENTES ARAGONÉS, Juan Francisco y FERNÁNDEZ SEBASTIÁN, Javier, *Historia del Periodismo Español...*, *op. cit.*, p. 17.
- ²² GUASCH BORRAT, Juan María: “La Prensa en Iberoamérica”, en *Historia de la Prensa* de Pierre Albert, Madrid, 1990, p. 153.
- ²³ Un simple cotejo del número de suscriptores con la prensa peninsular de la época, deja en evidencia la relevancia del periódico canario: *El Argonauta* de Cádiz, 97 en 1790; *Correo de Madrid*, 305 entre 1787 y 1790; y *Semanario Misceláneo Enciclopédico Elementar*, un tope de 118 (ACIRÓN ROYO, Ricardo: *Prensa y Enseñanza en Canarias. Análisis de contenidos de los primeros periódicos impresos (1785-1862)*, Santa Cruz de Tenerife, 1987, pp. 217-219).
- ²⁴ SÁNCHEZ ARANDA, José Javier y BARRERA DEL BARRIO, Carlos: *Historia del Periodismo Español...*, *op. cit.*, pp. 63-65.

- ²⁵ FERNÁNDEZ SEBASTIÁN, Javier: “*El Euscalduna: del moderantismo al carlismo. La inflexión ideológica de un periódico bilbaíno*”, en Manuel Tuñón de Lara (director), *La prensa de los siglos XIX y XX. Metodología, ideología e información. Aspectos económicos y tecnológicos*, Bilbao, 1986, pp. 587-601.
- ²⁶ MACÍAS HERNÁNDEZ, Antonio y RODRÍGUEZ MARTÍN, José Ángel: “La economía contemporánea, 1820-1990”, en *Historia de Canarias*, Las Palmas, 1995, pp. 369-398.
- ²⁷ BOURGÓN TINAO, Luis Pablo: *Los puertos francos y el régimen fiscal especial de Canarias*, Madrid, 1982.
- ²⁸ GUIMERÁ PERAZA, Marcos: *El Pleito Insular (1808-1936)*, Madrid, 1987.
- ²⁹ YANES MESA, Julio Antonio: *La encrucijada del periodismo canario, 1898-1936. Entre el “pleito insular”, el compromiso ideológico y la vocación informativa*, Santa Cruz de Tenerife y Las Palmas de Gran Canaria, 1998.
- ³⁰ ACIRÓN ROYO, Ricardo: *La Prensa en Canarias...*, *op. cit.*, pp. 102-111.
- ³¹ ROJAS FRIEND, Antonio Luis: *Prensa e Ilustración en las Islas Canarias...*, *op. cit.*, p. 128.
- ³² BAHAMONDE MAGRO, Ángel y cols: *Las comunicaciones en la construcción del Estado contemporáneo en España: 1700-1936*, Madrid, 1993.
- ³³ Según anunciaba la propia prensa isleña de la época, el 25 de septiembre de 1914 la compañía de la telegrafía sin hilos empezó a ofrecer despachos con la indicación “vía radio” desde cualquier punto de la península al precio de 10 céntimos por palabra. A su vez, en Aranjuez recalaba la información procedente de la Torre Eiffel, de Francia; Pola, Austria; Poldhu, Clifden y Carnavon, de Inglaterra; y Nauen y Norddeich, de Alemania.
- ³⁴ YANES MESA, Julio Antonio: *Leoncio Rodríguez y “La Prensa”: una página del periodismo canario*, Santa Cruz de Tenerife, 1995, pp. 107-113.
- ³⁵ DORESTE VELÁZQUEZ, Ventura: “El periódico más antiguo de Canarias”, en *El Museo Canario*, *op. cit.*, pp. 45-60.
- ³⁶ GONZÁLEZ CRUZ, Isabel: “*The Canary Islands Review: el periódico inglés de Las Palmas*”, en *Parabiblos: Cuadernos de Biblioteconomía y Documentación*, núms. 5-6, Las Palmas, 1991-1992, pp. 39-52.
- ³⁷ REYES, Antonio de los: “La prensa murciana en el siglo XIX: una aproximación”, en *Anales de Historia Contemporánea*, núm. 12, Murcia, 1995-1996, tomo II, pp. 343-370.
- ³⁸ SANTOS GAYOSO, Enrique: *Historia de la Prensa Gallega, 1800-1993*, 2 volúmenes, A Coruña, 1990 y 1995, respectivamente.
- ³⁹ CABRERA DÉNIZ, Gregorio: *Canarios en Cuba (1875-1931): un capítulo en la Historia del Archipiélago*, Las Palmas, 1996, pp. 133-162.

- ⁴⁰ YANES MESA, Julio Antonio, *Historia del Periodismo Tinerfeño, 1758-1936. Una visión periférica de la Historia del Periodismo Español*, Santa Cruz de Tenerife, en prensa.
- ⁴¹ YANES MESA, Julio Antonio: “El diario político Hoy: un anacronismo informativo en Tenerife durante la II República”, en *Anuario de Estudios Atlánticos*, núm. 38, Madrid-Las Palmas, 1992, pp. 603-640.
- ⁴² GARCÍA-RAMOS, Alfonso: “Revista de Canarias y La Ilustración de Canarias, momento estelar del periodismo regional”, en *Aguayro*, núm. 63, Las Palmas, 1975, pp. 4-6; y FELIPE GONZÁLEZ, Ramón y ÁLVAREZ GONZÁLEZ, Santos: “*Revista de Canarias y La Ilustración de Canarias*: intelectuales y masones en el Tenerife decimonónico. Una aproximación”, en *VII Coloquio de Historia Canario-americana*, Las Palmas, tomo I, 1986, pp. 745-766.
- ⁴³ YANES MESA, Julio Antonio: “*Revista de Historia Canaria* (1924-1933 y 1938...): decana de las publicaciones universitarias del género en España”, en Juan José Fernández Sanz, José Carlos Rueda Laffond y Carlos Sanz Establés (editores): *Prensa y Periodismo Especializado (historia y realidad actual)*, Guadalajara, 2002, pp. 242-257.
- ⁴⁴ NUEZ CABALLERO, Sebastián de la: “Una revista de vanguardia en Canarias. *La Rosa de los Vientos* (1927-1928)”, en *Anuario de Estudios Atlánticos*, núm. 11, Madrid-Las Palmas, 1965, pp. 193-230; CASTRO BORREGO, Fernando: “Gaceta de Arte y su significación en la Historia de la Cultura Canaria (1932-1936)”, en *Revista de Historia Canaria*, núm. 171, La Laguna, 1978, pp. 159-175.
- ⁴⁵ ÁLVAREZ FERNÁNDEZ, Jesús Timoteo y cols: *Historia de los medios de comunicación en España. Periodismo, imagen y publicidad (1900-1990)*, Barcelona, 1989.
- ⁴⁶ GARITAONAINDÍA GARNACHO, Carmelo: *La radio en España (1923-1939). De altavoz musical a arma de propaganda*, Bilbao, 1988.
- ⁴⁷ YANES MESA, Julio Antonio, “Tirada, difusión y finanzas de los periódicos tinerfeños en el siglo XIX”, en *El Museo Canario*, núm. LIII, Las Palmas, 1998, pp. 367-404; y “Las finanzas de los periódicos tinerfeños en los años de entreguerras”, en *Vegueta*, núm. 3, Las Palmas, 1998, pp. 147-162.
- ⁴⁸ ALBERT, Pierre: *Historia de la Prensa, op. cit.* Como tantas obras generales, la edición en castellano incorpora sendos capítulos sobre la prensa en España y América latina, obra de José Javier Sánchez Aranda y Juan María Guasch Borrat, para paliar los vacíos de la obra original en uno y otro ámbitos.